

# *Una noche entre gigantes*

Antonio Reina González

Créeme. O al menos cree a Raquel. Ella asegura que lo que voy a contarte sucedió de verdad. Asegura que después de conocer a Alberto la vida le cambió. Bueno, en realidad cuenta que le cambió la manera de afrontar el resto de la vida que aún le quedaba por vivir. Pero empecemos por el principio, que como la mayoría de los principios, es un principio inesperado...

Desde la ventana de la habitación Raquel veía la sierra de Madrid. Era una séptima planta y en días despejados podía ver la gran antena repetidora en el filo de la cornisa rocosa. A veces imaginaba que un gigante-niño (porque en algún momento de su vida, también los gigantes serían niños, pensaba) jugando a colocar piezas de juguete en la montaña como si fuera su maqueta particular. De niña ella también jugaba a colocar pequeños puentes hechos con ramas en los ríos que construía desviando regatos del cauce principal. Al principio eran muy pequeños. Pero a medida que fueron pasando los veranos en el pueblo, su ambición también fue creciendo y los pequeños arroyos dejaron de ser tales: las manos de niña dieron paso al manejo firme de azadón y pala, y con ayuda de su padre escavaba grandes surcos perpendiculares al río que luego reconduciría de nuevo al cauce principal bordeando el huerto. Daniel, su hermano mayor, recogía piedras planas con las que enlosar el cauce del agua robada. Tablones roídos por los ratones de campo y la humedad eran empleados como mesas enanas al margen del río; robaban sábanas viejas a la madre para fabricar hamacas colgantes o construían cabañas indias con mantas enrolladas alrededor de los árboles que vigilaban la alameda...y allá por mediados de Julio, liberaban el último brazo de tierra y maderas a modo de presa para que corriera libre el agua. Se convirtió en una tradición dar por inaugurado el verano con la apertura de "RaquelRiver", como ella llamaba a su no tan pequeña obra. Por la tarde venían sus amigos del pueblo y hacían merienda en la pequeña explanada entre la casa y el río. Colocaban bombillas por los álamos cercanos y las recubrían de conos de papel; cuando llegaba la noche las encendían, desplegaban mesas de camping, las madres sacaban tortillas de patata y sangría profanada con licor de mora y, cantando a voz en grito "It's my Life" de Bon Jovi, el verano y su río era todo lo que necesitaba Raquel a los trece años para ser inmensamente feliz. Ahora tenía treinta y sentía que el verano del 2000 quedaba muy lejos de su cuerpo agarrotado por la esclerosis. El repetidor de la sierra de Madrid se difuminaba lentamente en sus ojos mientras la noche se colaba sin permiso en la habitación de la séptima planta.

Al principio esta recaída se disfrazó de inocente catarro para sincerarse después en franca neumonía. Los días eran pesados y somnolientos pero la noche se convertía en una presencia física, casi pegajosa, que Raquel sentía envolviéndola como sábanas que no podía apartar. Llevaba toda la tarde con fiebre, cansada, pero ahora que oía el ir y venir del personal en un ritual conocido de saludos, despedidas y ascensores delatando la retirada de familiares, se sentía más despejada, más lúcida. Cuando más necesaria le era la modorra de la fiebre, ésta huía para dejar paso a una noche lenta y muda, se lamentaba Raquel presagiando borrosos fantasmas.

El tamborileo enérgico y burlón en la puerta sacó de su ensimismamiento a Raquel. Apareció un tipo alto, demasiado para ser enfermero, pensó.

– Hola Raquel, soy Alberto, ya siento que te haya tocado yo...mira que has tenido mala suerte, pero prometo esforzarme – se presentó desenfadado. Por alguna extraña razón ése era sin duda su nombre, como un hecho natural y evidente—. Perdona que llame de esta manera pero así, de ahora en adelante, sabrás si quien entra por esa puerta soy yo o cualquier otro aburrido mortal. No es que me crea diferente a los demás, que un poquito sí que lo soy –continuó hablando solo el tal Alberto–, pero si yo estuviera en tu lugar, me gustaría saber quién entra en mi habitación, más que nada porque si no me interesara el intruso siempre podría hacerme el dormido y... ¿estás dormida, amiga? –preguntó zumbón. Raquel se dio la vuelta y contestó “No, no lo estoy, pero me has dado una buena idea, creo que la pondré en práctica con más de una a partir de ahora”. Alberto se rio con ganas, una risa natural y contundente, como de alguien que acostumbra a hacerlo sin disimulo, no para quedar bien, sino para sí mismo. Aún no había decidido si era el típico gracioso que intentaba ganar puntos con ella, pero al menos no había entrado con un “buenas noches qué tal ¿te has puesto el termómetro, te traigo algo?” sin pausa ni inflexión alguna, como los mensajes de voz metálicos en el metro. Odiaba esa rutina al inicio de cada turno. Una vez le confesó a su hermano lo mucho que le molestaba aquella manera que tenían de tratarla, como si diera igual quién estuviera en la habitación 703. Daniel replicó que no le diera importancia, solo era su trabajo, que lo hacían con la mejor de las intenciones... Ella callaba como hacía siempre cuando intentaban consolarla sin que se dieran cuenta que no quería consuelo, que simplemente estaba enfadada y aquellas respuestas reconciliadoras le irritaban aún más. Sabía que hacían lo que podían y callaba, dejando un espacio de silencio tenso y triste, esperando el invariable “bueno, ¿qué tal hoy, te veo mejor, no?” igual de rutinario y

huidizo. Ella nunca fue así, o al menos no se reconocía en ese enfado permanente. Así que cuando Alberto se marchó de la habitación sin hacer nada más que eso, presentarse, decidió darle una oportunidad a este nuevo enfermero raro.

No sabía muy bien cómo, pero cuando quiso darse cuenta, aquel tipo ya había hecho todas esas cosas que hacían las enfermeras y que tanto le incomodaban. No preguntó qué temperatura tenía: probablemente dedujo que el termómetro estaba demasiado lejos de su alcance como para que se lo hubiera puesto. Hacía días que le dolía tanto el cuerpo que no podía levantarse y volver a la cama sin ayuda, y su hermano se había ido poco antes de las diez. De modo que le pidió permiso como un elegante y afectado maître y le colocó el termómetro.

– ¿Sería madeimoselle tan amable de concederme su honorable sobaco para que pudiera testar su temperatura? –preguntó con retranca. Raquel no pudo evitar sonreír a pesar de que no quería concederle ese premio, pero el esfuerzo resultó tan torpe que tuvo que soportar roja como un tomate que Alberto se regodeara en su triunfo.

– ¡Eh, vamos! Reconoce que ha sido bastante gracioso. ¡Llevo ensayando el acento todo el día solo para ti! – remató.

– ¿Eres siempre tan chisposo o he tenido especial suerte? –se defendió Raquel.

– Bueno, para serte sincero no es que me apasionen las noches pero ya que estoy aquí intento tomármelo de la mejor manera posible y unos pocos chistes fáciles, alguno a tu costa, lo reconozco, ayuda.

Raquel esperaba una respuesta más condescendiente pero, en cierto modo, le gustó su sinceridad y el hecho de que no asomara un atisbo de pretendida compasión. De paso, entre broma y broma, ya le había tomado la tensión, ajustado el suero y había hecho todas esas cosas que le hacían los demás con metódica imparcialidad haciéndola sentir manoseada, sin derecho a la queja porque se suponía que estaban haciendo su trabajo, un trabajo en el que ella era “el trabajo” y eso la hacía ponerse más rígida aún de lo que ya estaba su cuerpo entumecido. Alberto se movía por la habitación sin la prisa que observaba en los demás. Aunque en privado reconociera que el silencio intencionado con que recibía a la gente no era muy alentador, cada vez le costaba más soportar esa incomodidad compartida que se respiraba en la habitación cuando alguien entraba por la puerta y a preguntas rápidas, asépticas o, casi peor, dulzonas, ella respondía con igual

rapidez y automatismo. Cuando se marchaban, una sensación de irrealidad quedaba flotando en su cabeza, como un zumbido, como si no hubieran estado hablando de ella, sino de otra persona frágil y quebradiza a la que hubiera que reparar unas grietas que de repente habían surgido de la nada en un cuerpo joven y libre hasta hace solo un año. La esclerosis había avanzado muy deprisa. Cuando sintió los primeros pinchazos en la espalda mientras corría pensó que era verdad aquello de que se estaba haciendo mayor. Debía estirar bien. Los temidos treinta llamaban a su puerta. Pero el primer susto fue el invierno anterior: un día, sin previo aviso, se le nubló la vista y sintió que las rodillas se negaban a sostenerla. Nunca había estado en la cama más de un día. Luego todo fue muy rápido: las pruebas, el diagnóstico, las horas en internet buscando qué era eso de la esclerosis múltiple, las revisiones, las horas mudas sentada con su hermano en salas de espera...y el dolor, al principio intenso pero soportable, y que rápidamente se convertiría en sacudidas eléctricas tan intensas como desconcertantes.

– Tranquila, Raquel, tranquila, no pasa nada. Vamos, ¿me oyes, puedes oírme? Mírame, soy yo, Alberto, el que no te hace gracia. ¿Te encuentras bien? – La voz de Alberto sonaba amortiguada pero clara, como si estuviera al otro lado de una puerta que quisiera abrir y a la que no acertara encontrar el picaporte–. Vamos, puedes despertar si quieres, estoy aquí.

Al fin abrió los párpados. Le pesaban como si fueran manos dormidas tapándole la cara. Le costó despejarse lo suficiente hasta poder recordar dónde estaba.

– ¿De qué lejana montaña vienes, joven escaladora?

– ¿Cómo, no te entiendo? –respondió aturdida Raquel intentando incorporarse en la cama.

– Pues ya me contarás tú, debía de ser alucinante el viaje por que por poco te tiras de la cama al grito de ¡Jerónimo! –contestó Alberto mientras le colocaba los almohadones detrás de la espalda– Estabas soñando, y cuando vi que la aventura se te iba de las manos decidí intervenir.

Raquel no recordaba haberse quedado dormida.

– ¿Así que no solo eres mi enfermero sino el guardián de mi sueño?

– ¡Por supuesto! Pero no alimentes mi vanidad llamándome Guardián que me crezco. Oí ruidos sospechosos en la habitación y entré a ver qué me estabas liando aquí dentro.

– Juraría que ya estabas ahí sentado en el sillón cuando me he despertado.

– Bueno, digamos que tenías los ojillos algo despistados cuando entré a primera hora y sospeché que tendrías una noche... ¿turbulenta?

– Vaya, ¡no solo simpático, sino guardián y adivino! –Raquel se sintió aliviada cuando vio que no hacía el gesto de irse sino que volvía a sentarse en el sillón, justo al lado de la ventana por donde entraba la claridad de una media luna de otoño, fría y despejada. Esperó otra respuesta ocurrente pero ésta no llegó. Alberto la miró un instante a los ojos, en silencio. Luego se acomodó en la butaca. Parecía un enorme perro de nieve, pensaba Raquel, que, tranquilo, buscara la postura más cómoda. Pasó un rato mirando más allá de la ventana, como buscando una idea que poco a poco fuera tomando forma. Se tomó su tiempo antes de hablar.

- ¿Sabes? Se me da bien soltar alguna que otra gracia para romper el hielo, sin embargo las cosas importantes no resultan tan fáciles de decir, ¿verdad? – se giró al fin para mirar de nuevo a Raquel – ¿Qué es lo que te preocupa, amiga?

Decía que no era una pregunta fácil, pero él la pronuncio con naturalidad, como la cuestión más evidente del mundo. O al menos de su mundo actual. Fue entonces Raquel la que miró a través del cristal y disfrutó durante unos segundos del efecto sedante y tranquilizador de la palabra “amiga”. No sentía prisa por contestar. Él no iba a moverse de ese sillón y ella lo sabía.

– Lo peor fue el ingreso, Alberto. Hasta ese día todo me resultaba confuso, algo inespecífico que aún no se había hecho real. Pero entrar por la puerta del hospital, quitarme la ropa y ponerme este pijama verde me asustó de verdad, más que el dolor o el no poder levantarme de la cama. Era como si me dijeran que tenía que vivir una vida distinta y nada de lo que hubiera imaginado hasta entonces que sería importara ya –lo dijo del tirón, sin pensarlo, como si las palabras hubieran estado retenidas ahí, esperando una oportunidad para poder escapar de su garganta –. Aún me asusta. Porque no tengo la más remota idea de qué voy a hacer a partir de ahora.

Alberto no dijo nada. Se quedaron los dos mirando hacia la misma montaña donde no se veía ya la antena repetidora, sólo su perfil oscuro y compacto recortando la noche.

– Me encantaba salir al campo con Dani –susurró Raquel como para sí misma–. De pequeña hacíamos excursiones en otoño y empezábamos a planear ya cómo construiríamos un río aún más grande que el del verano anterior. Cómo desviaríamos su cauce y qué herramientas necesitaríamos. Presagiábamos el ataque de nervios de mamá cuando se enterara de que habíamos alquilado una desbrozadora para despejar la orilla y que encima lo había pagado papá...

En la penumbra de la habitación Alberto oía desgranar a Raquel historias de una infancia marcada por la alegría y la imaginación, historias de una adolescencia repleta de proyectos, historias de una mujer en la plenitud de la vida, historias que sonaban en su voz a un pasado lejano sin conexión con el presente.

– Temo hacer cualquier plan, imaginar cualquier cosa que me ilusione.

– ¿Por qué, Raquel? –preguntó al ver que no continuaba.

– Porque no sé de cuánto tiempo dispongo, Alberto. Porque me da un miedo terrible verme postrada en la cama. Porque no sé siquiera cómo va a responder mi cuerpo mañana, ni si las cosas que empiece las podré acabar....

Se levantó del sillón y acercándose al borde de la cama, se sentó junto a ella. Cogió fuerte su mano, le ayudó a beber agua y acercó unos pañuelos de papel para que pudiera secar unas lágrimas que no había notado en su cara hasta que se dio cuenta que apenas podía verle. Le pasó un brazo por los hombros, solo uno, pero tan largo que le rodeó como si fuera una niña pequeña.

– ¿De verdad hacíais un surco en el jardín para desviar el río entre tu hermano y tú? ¡Sois unos terroristas ecológicos! ¿No teníais cuatro lecheras en la puerta de casa?

Raquel se atragantó con el agua intentando no escupirla a la vez que reprimía una carcajada. Alberto había estado muy serio mientras ella hablaba, escuchándola atentamente y, de repente, ¡lo que le preocupaba era sus posibles problemas con la ley!

– Lo cierto es que mi padre cavaba como el que más – contestó entre lágrimas, mocos y risas– y mi madre, mientras nos regañaba desde la cocina, iba preparando las

tortillas y las tartas para la inauguración. Unos amigos de mis padres, que no se perdían una fiesta, estaban metidos en el ayuntamiento, y hacían la vista gorda. Eso sí, a finales de agosto volvíamos a sellar el desvío con sacos de arena y piedras y en un día se acababa RaquelRiver. Así hasta el año siguiente.

Mientras Raquel acababa con los pañuelos de papel y se iba serenando, Alberto recuperó su naturaleza de perro pachón y volvió a acomodarse en la butaca. Esperó un rato, mirándola de cuando en cuando, disfrutando de esos recuerdos compartidos flotando por la habitación. Al fin Raquel respiró hondo, levantó las manos, encogió los hombros, y con media sonrisa en la cara ya no le hizo falta decir “y aquí estoy, atascada y muerta de miedo”.

Alberto le devolvió la media sonrisa restante y empezó a hablar con mucha calma, como si buscara palabras escondidas en la propia mente de Raquel y a las que, con paciencia, podía encontrar. Más que verle, intuía la silueta de su enorme cuerpo en la oscuridad del rincón. “Pues yo no te veo tan mal –empezó diciendo Alberto–, aunque obviamente lo importante es cómo te veas tú”. Lo dijo con seguridad, pero con tanta calma y ternura que no se sintió cuestionada o corregida. Es verdad que el miedo se ha instalado en esa cabecita –prosiguió– y como buen mentiroso que es, ha utilizado todos los argumentos posibles para convencerte de que ya estás desahuciada y nada merece la pena hacer. Unos serán ciertos y otros muchos, créeme, no. Es un hecho: la evolución de tu enfermedad es incierta y no sabes cómo va a responder tu cuerpo mañana o dentro de un mes pero, ¿por qué decides ya, en este mismo momento, que vas a estar mal, que no vas a ser capaz de vivir una vida ilusionante y digna? ¿Por qué no apostar a un “a lo mejor sí”, en vez de a un, “seguro que no”? ¿Acaso mejora así tu pronóstico? –Raquel le escuchaba hablar con mayor claridad de la que le veía. Era como si su voz se hiciera más nítida a medida que se difuminara su rostro, a ratos iluminado por la escurridiza luz que, tímida, asomaba por la ventana –. La evolución de tu cuerpo es una incógnita, como una incógnita es la vida misma. Ahora estás en medio de un brote, de acuerdo, pero te recuperarás. La pregunta es: ¿qué vas a hacer cuando salgas del hospital? ¿Simplemente esperar una nueva recaída? ¿No es eso desperdiciar el tiempo presente que sí tienes a cambio de lamentar el que aún no te ha sido arrebatado? Me cuentas que planeabas con tu hermano, ya en otoño, el nuevo proyecto para el verano siguiente. ¿Te parabas a pensar si tenía sentido ilusionarse o no? ¿O solo disfrutabas plenamente de esa emoción sin más cálculos? Y además la disfrutabas en ese preciso momento. No lo



condicionabas a que llegara el siguiente mes de julio a ver si sucedía o no lo que habíais imaginado, ¿me equivoco? Esos planes alentaban vuestros otoños en el momento presente, sin dejar lugar a la incertidumbre del futuro. Ya ganabas la partida en ese instante. Si luego cambiaban los planes, o ese año el cauce bajaba escaso, qué más daba: tú y tu hermano ya habíais exprimido el otoño que os tocaba vivir.

Nadie sabe qué se cruzará en nuestro camino ni dónde o de qué manera concluirá, y no por ello dejamos de recorrerlo, ¿verdad? La cuestión es cómo lo andamos. La dignidad, e incluso la belleza, amiga mía, radica en cómo afrontamos ese camino incierto y apasionante. Sé que el tuyo ahora resulta amenazador y hostil, pero no están ya todas las cartas repartidas, ni se te ha privado de la capacidad de jugar esas mismas cartas. Dime, ¿cómo de profundo fue el primer río que construiste desviando el cauce?

- Pequeño - contestó Raquel, que poco a poco se había tumbado en la cama sin oponer resistencia.

- Pero grande para tus manos pequeñas –apenas susurró Alberto–. Ahora toca transitar un camino nuevo con pies igualmente pequeños. Pero ya verás como los pasos se harán más firmes si solo te empeñas en no renunciar a seguir dándolos. ¿Sabes..? Tu hermano está preocupado. Me ha dicho que no sabe cómo hablarte.

Raquel abrió un poco más los ojos al oír hablar de su hermano. Dani. Su querido Dani. Tan callado a su lado mientras conduce camino del hospital en las revisiones, o sentado en la silla por las tardes, cuando viene de trabajar y va a verla.

– Antes nunca se quedaba callado conmigo. Ahora apenas habla.

– Lo que ocurre es que no sabe qué esperas tú de él. A él le asusta tu silencio tanto como a ti el suyo. ¿Por qué os complicáis tanto? Dime: intenta imaginar que no estás en el hospital, que mañana vais a comer juntos, ¿de qué hablaríais?

– Pues seguramente del pádel. Dani, cuando encuentra una afición nueva, se pone muy pesado. ¡No, no te rías, es verdad, se pasa el día viendo vídeos de partidos! – protestó Raquel mientras Alberto, riéndose, le señalaba: “¿Eso lo dice la niña que se dedicaba a construir ríos poniéndoles su propio nombre?”– Bueno, vale, puede que un poco sí que me parezca a él –reconoció.

– Pues cuando venga mañana, vacílele un poco, pregúntale si ya sabe cómo se coge la pala o aún lo anda buscando en internet –Raquel prometió, divertida, hacerlo–. Pero, si surge la oportunidad, dile que sientes no saber cómo ayudarle tú a él. Él tartamudeará un poco y dirá que no, que quien lo siente es él, y así lo sentiréis los dos juntitos. Luego, tal vez le dirás que en ocasiones sientes miedo a qué pasará, a preguntar a los médicos cómo evoluciona la enfermedad o en qué grado te limitará todo esto o yo qué sé. Él reconocerá que también está asustado. Y de nuevo los dos volveréis a estar asustados, pero a la vez, –Raquel no podía controlar las carcajadas que le provocaba el absurdo monólogo de Alberto–. Y ahora que ya sois muy conscientes de lo asustados que estáis los dos, a cuál más, os prometeréis que, pase lo que pase, lo afrontaréis juntos... ¿de acuerdo?

Raquel asentía tapándose la boca y Alberto intentaba con gestos hacerla callar. Era muy tarde. Tenía que irse, no era la única afortunada que podía disfrutar de su presencia, decía, y además sus compañeras iban a pensar que estaban enamorados.

Le deseó buenas noches y cerró la puerta tras de sí. Raquel se acomodó en la cama, de cara a la ventana. La luna había trazado su arco más allá del espacio visible, pero aún permanecía un destello tenue en el frío aluminio del marco. La montaña seguía ahí, solemne y eterna. Los niños-gigantes estarían soñando con nuevas piezas que encajar, pensó Raquel, sintiendo caer pesados los párpados, el cuerpo relajado y “las rodillas flojitas”, como decía su madre cuando, siendo niña, la acostaba después de haber pasado todo el día jugando y llegar rendida a la noche.

Raquel soñó con gigantes juguetones y enfermeros altos, con niños llenos de barro peleando con el agua hasta las rodillas y cucuruchos de papel. Soñó con un camino largo y sus zapatillas llenas de polvo dando pasos cortos al principio, más largos después. Soñó con su hermano caminando junto a ella.

– Buenos días, soy Daniel –se presentó a las enfermeras. Siempre iba por la tarde pero hoy tenía el día libre y quería pasar la mañana con su hermana–. ¿Cómo ha pasado la noche Raquel? Ayer la dejé con fiebre.

– Bien, su enfermera me ha contado en el cambio que tardó en bajarle la temperatura y estuvo un poquito agitada hasta media noche, hablando en alto...ya sabe, lo normal con fiebre alta. Luego se quedó dormida sin problemas.

– Gracias, voy a ver si está despierta.

Daniel entró en la habitación sin hacer ruido. Su hermana aún dormía. Se sentó en el sillón de la esquina que estaba revuelto y hundido. Juraría que la tarde anterior había dejado bien estirada la sábana que lo cubría. Estaba mirando el cielo despejado que coronaba la sierra, con la antena repetidora alzando su dedo presencial, cuando Raquel abrió los ojos. “Buenos días hermanito, ¿qué haces aquí?” Daniel se levantó para ayudarla a incorporarse pero no le dio tiempo: ella apartó con ímpetu las sábanas y de un salto se metió en el baño.

– Oye Dani, tienes que conocer a Alberto, es el enfermero que ha estado conmigo esta noche. Es un tío genial –gritaba desde el baño abriendo el grifo de la ducha–, al principio parece un poco vacilón pero luego es un encanto.

Daniel salió extrañado de la habitación. Fue al control y preguntó si conocían a un tal Alberto pues había entendido que por la noche a su hermana le había atendido una enfermera. “Aquí no trabaja ningún Alberto...como le he dicho, su hermana ha tenido fiebre y por la noche es normal que se desorienten un poco, no se preocupe”. Confuso, volvió a la habitación. Encontró a Raquel en la puerta del baño:

– Dani, he estado pensando y tenemos que hablar: papá se nos está haciendo mayor antes de tiempo, necesita un poco de actividad, así que vamos a llamarle hoy mismo para decirle que este año vamos a construir el río más grande que hayamos hecho nunca, que vaya sacando las herramientas y se las apañe con mamá, protestará seguro. Y si me ayudas, ¡prometo regalarte un curso intensivo de pádel, que buena falta te hace! –canturreó Raquel mientras se metía en el baño secándose el pelo. Daniel sintió como si un peso antiguo y ácido se esfumara con la risa de su hermana, y también él pensó que debía hablar con ella de muchas cosas.

Desde el estar de enfermería, Carmen, la enfermera que más años llevaba en ese servicio, dejó caer la cucharilla del café cuando oyó el nombre de Alberto. Hacía años que no oía ese nombre. Una vez le contaron, nada más llegar a la planta, que en ocasiones algunos enfermos relataban extrañas historias de un enfermero alto y simpático que les cuidaba por las noches. Al principio supuso que eran las típicas historias que se contaban para entretener las noches, pero siendo aquella la tercera vez que conociera a un paciente hablar de Alberto... ya no estaba tan segura.

